ESPACIO PÚBLICO Y PODER POLÍTICO EN *ARMONÍA* Y *ALEGRÍA*:
DOS SOCIEDADES CULTURALES DE MUJERES EN EL SIGLO XIX*

POR

DUNIA GALINDO

Centro de Investigaciones Teatrales, Caracas-Venezuela

La historia de la cual se desprende este ensayo aconteció en la última década del siglo XIX en la ciudad de Coro del estado Falcón, uno de los estados más pobres de la geografía nacional, poco o en nada beneficiado por el proceso de modernización urbana adelantado por Guzmán Blanco en sus diferentes períodos presidenciales. No menos carente de recursos, la ciudad de Coro se había caracterizado desde su fundación en 1527 por ser una comunidad profundamente atendida al dogmatismo de la fe católica y quizá por ello, bastante conservadora en sus intercambios y relaciones sociales. En esa ciudad en la cual aún hoy día las costumbres españolas¹ —esas a las que tanto atacaría García Lorca en sus textos dramáticos y poéticos— dirigen las experiencias de vida, dos grupos de mujeres instalaron pública e independientemente el uno del otro, las sociedades culturales *Alegría* (10-02-1890-1895) y *Armonía* (15-05-1890-1895).

Estas sociedades estuvieron integradas no sólo por las señoras y señoritas más representativas de la sociedad coriana,² sino también por aquellas mujeres que comenzaban a descollar entre la intelectualidad local por su trabajo literario, artístico y pedagógico.³ Asimismo, un gran número de las afiliadas a estas sociedades pertenecía a la comunidad judía sefardita asentada en Coro desde 1824, proveniente de la isla de Curaçao.⁴ Prontamente, no sólo los miembros femeninos más jóvenes y prometedores de las familias

* Las ideas recogidas en este ensayo son el resultado parcial de una investigación en curso.

¹ Sobre la ciudad de Coro y el estado Falcón puede consultarse entre otras investigaciones: *Historia del estado Falcón* (1982) de Oscar Beaujon; *Curiana* (1970) de Rafael Sánchez; *Corianerías. Gentes, historias y costumbres de la ciudad madre* (1987) de Misael Salazar L.

² Trinidad Tellería, Gertrudis Arcaya, Mercedes Pachano, Ana Catalina Beaujon, Carolina Arnaez, María Sánchez, Ana Arcaya, Eugenia Molina, Josefa Estrada, Rosario de Recao, Beatriz Recao, María Fuenmayor, Socorro Galán, Olimpia de Iturbe, María Antonia Escobar, Ana G. Fortique, Blanca Sierraalta, Josefina Gil de Ibarra.

³ Josefa Irausquín, Antonia De Lima, Carmen Brigé, Polita De Lima, Virginia Gil de Hermoso, Josefina Álvarez de Hermoso, Inés de Reyes.

⁴ Raquel López Fonseca, Abigail Henríquez, Raquel de Senior, Débora Curiel, Ana Fonseca, Polita De Lima, Rosalina Capriles, Auristela Senior, Ana Capriles, entre otras. Sobre la comunidad judía de Coro y Venezuela puede consultarse: *La comunidad judía de Coro 1824-1900. Una historia* (1983) de Isidoro Aizenberg; *La comunidad judía de Venezuela* (1991) de Jacob Carciente; *History of the Jews of the Netherlands Antilles* (1970) de Isaac Emmanuel y A. Suzanne.

–judías, protestantes y católicas– de mayor empuje económico y abolengo de la región, se asociaron a estas corporaciones, sino asimismo se afiliaban hombres notables tanto en el ámbito político, económico y literario local como nacional e internacional.⁵ De tal manera que estas corporaciones conformaron rápidamente un nutrido equipo jerarquizado de socios/os activos, honorarios y correspondientes repartidos en diferentes puntos de la geografía nacional y latinoamericana.

A pesar de algunas pocas diferencias de las cuales no hablaré en esta oportunidad, los puntos de encuentro entre estas sociedades van más allá de la data de inicio y del fatal y misterioso destino que ambas compartieron. De acuerdo con los materiales consultados en las revistas *Flores y Letras* (1891-1895) y *Armonía Literaria* (1891-1895) –“órganos” informativos de las sociedades *Alegría* y *Armonía*, respectivamente– tanto una como la otra no sólo participaban de objetivos comunes y defendían ciertas ideas políticas y principios cívicos que las hacían parecer parte de un mismo impulso y de una misma fuerza, sino también esta semejanza se evidenciaba en su estructuración interna. Aunque los cargos decisorios –léase presidencia, vicepresidencia, secretaría de actas y de correspondencia, tesorería y la mayoría de los vocales– siempre estuvieron en posesión de señoritas y de señoras, los estatutos de ambas corporaciones contemplaban la existencia de una Junta Directiva la cual estaría presidida por un destacado varón de la sociedad. La existencia de una Junta Directiva en este caso no debe ser leída como un “tribunal” tutelar o supervisor, más bien remite a una estrategia jurídico práctica como veremos más adelante.

Conspicuas defensoras del liberalismo y exponentes del conjunto de valores invocados por la doctrina federal –proyecto este último que en el país tuvo su origen programático precisamente en la ciudad de Coro (1859)–, las señoritas responsables de dirigir estas instituciones hicieron valer –tal vez de manera disimulada o quizá en plena conciencia del juego al que apostaban– la ficción denominada por el historiador Carrera Damas (1991): “la trampa ideológica”,⁶ es decir, la sensación de libertad e igualdad de derechos que luego

⁵ Dr. José María Gil, General L. Navarrete, Monseñor Víctor José Díez (Barquisimeto), Francisco Pimentel (Caracas), Luis Van Der Biest, Arnold Maal (Curacao), Antonio Arraiz (Maracaibo); Dr. Maximiliano Iturbe, M. Chumaceiro (San José de Costa Rica), (miembros de la sociedad *Alegría*); y, Elías Curiel, Menasés Capriles, Mariano García, Juan Recao, Abraham H. Senior, Salomón López Fonseca, Nicanor Bolet Peraza (Caracas–New York), Raimundo Andueza Palacio (Caracas), Pedro Manuel Arcaya, Alberto Henríquez, Pedro Hermoso Tellería, Manuel Fombona Palacio (Caracas), José David Curiel (pertenecientes a la sociedad *Armonía*).

⁶ “En la Constitución de 1864 (...) se habla de libertad con todas sus letras y se establece un régimen de libertad total. Esta es una realidad. Pero sucede que lo importante era darle una salida a la lucha por la libertad; otra cosa era la práctica política, otra cosa el disfrute real de la libertad. En razón del control que ejerce la clase dominante en toda la estructura social, la libertad es limitada, es restringida por el ejercicio real del poder, pero desde el punto de vista de la formulación doctrinaria ya no hay por qué luchar. Puede haber acomodos, y hasta enfrentamientos, pero ya no es la situación que enfrentaban, por ejemplo, los negros cuando luchaban por la libertad en el marco de una institución como lo era la esclavitud consagrada por los textos además de ser una práctica real. Se podría decir que el peonaje en cierta forma reproduce la esclavitud; pero cuando usted habla con cualquier venezolano, por obra de esta ideologización (...), y le pregunta si él se siente o no igual a los demás, si se considera un hombre libre, aún el más deprimido y oprimido de los venezolanos

de la Guerra Federal (1859-1863) y de la Constitución de 1864, sentirán los sectores menos favorecidos de la sociedad. Sensación que en la sociedad del período posibilitó la configuración de vías de acceso hacia nuevas prácticas y situaciones sociales obviamente no contempladas en los códigos civiles y otras literaturas jurídicas, pero sí sustentadas en esa atmósfera de iguales oportunidades que en definitiva, no por ser una ficción dejaba de constituir una realidad.

Pero además, en el caso general de las mujeres venezolanas esta situación debe ser leída tomando en cuenta las ambigüedades en las que incurrieron las declaraciones constitucionales relativas a la igualdad de derechos de los sexos. Si bien es cierto que la legislación republicana continuó privilegiando –tal como en el período colonial– a la familia (el hogar) como el “lugar” de actividad social de la mujer, por otro lado se dejaba entender que las mujeres podían, por ejemplo, concurrir a elecciones y manifestar sus opiniones a través del voto.⁷

Ciertamente no se sabe de alguna mujer que haya asumido esta prerrogativa; sin embargo, tanto las comunicaciones establecidas por las asociacionistas de Coro con diferentes personalidades representantes –en el ámbito local y nacional– de los gobiernos constitucionales de Juan Pablo Rojas Paúl (05.07.1888-18.03.1890); Raimundo Andueza Palacio (19.03.1890-17.06.1892); y Joaquín Crespo (07.10.1892-28.02.1898), así como el respaldo simbólico que estas organizaciones dieron directamente a la gestión de estos presidentes, señala no sólo la orientación política de las sociedades, sino sobre todo ilustra la autonomía de acción y la libertad de conciencia con la cual las asociadas se manejaban en asuntos de sólo vetados al sexo débil. Recordemos que la mayoría de las afiliadas eran mujeres muy jóvenes y solteras, es decir, “señoritas”, y así lo hicieron saber en sus escritos y comunicaciones públicas. Aunque no pareciera importante, el dato comporta la sutileza de la no-afiliación al “contrato matrimonial” para acceder al espacio público.

Valiéndose de estos puntos de fuga que dejaba la letra jurídica y del clima de libertades aparentes auspiciado por la “trampa ideológica”, “las muchachas corianas” –como las llamaría el escritor y abanderado de la revista *Cosmópolis* (1894-1944) Manuel Vicente Romero-García (“Las muchachas corianas” 31-10-1984)– trabajaron desde estas corporaciones en “armonía y alegría” –es un decir– con sus compañeros del sexo opuesto argumentando si no iguales derechos civiles y políticos, por lo menos sí idénticos objetivos: el “progreso” y la “civilización” de Coro y de la nación venezolana.

La materialización de estos objetivos en proyectos concretos condujo a las asociacionistas de Coro a mantener una presencia y una participación en el espacio público cada vez más notoria y organizada. En este sentido, durante los casi seis años en los cuales estas organizaciones estuvieron activas, las asociacionistas actuaron y decidieron

le dirá que él es igual a cualquier otro y que es un hombre libre. Justamente, ahí está el efecto de la ideologización, y esa obra admirable de control de la conciencia es lo que llamo ‘la trampa ideológica’, que sigue operando y que por lo visto no sólo ha perdido su efectividad sino que la ha incrementado” (114).

⁷ Sobre la situación jurídica de las mujeres venezolanas en el siglo XIX véase: Rogelio Pérez Perdomo y Miriam San Juan. “Iguales ma non troppo... La condición jurídica de la mujer en Venezuela en el siglo XIX”. En: Ana Lucina García Maldonado (Dir). *La mujer en la historia de América*.

directamente en áreas tan diversas como la planificación urbana y el ornato de la ciudad, la educación, la política, el sistema de construcción y de representación de la nación, la promoción y producción literaria y cultural, por citar algunas. Para ello partieron de un concepto bastante amplio de cultura el cual les permitió trabajar no sólo en el ámbito puramente intelectual y literario, sino desplegar sus acciones hacia derroteros totalmente opuestos a la tradición benéfica. De esta manera, las funciones ejercidas por las asociacionistas de Coro se inscriben en el campo de lo que hoy conocemos como promoción y gerencia cultural. Rasgo que las distingue y las coloca a la vanguardia en el movimiento asociativo venezolano del siglo XIX.

Por otro lado, la experiencia asociativa implicaba la construcción de una comunidad de pertenencia desde donde “las muchachas” de Coro promovieron una defensa comprobatoria de la “versatilidad” de las funciones y roles de los géneros en la sociedad. Defensa que, a juzgar por las palabras de Virginia Gil de Hermoso, dependía absolutamente de la unión de las mujeres en asociaciones⁸ que les permitieran “vigorizar su inteligencia”. Entendiendo por ello la exposición pública de capacidades con el objeto de hacer visible la vitalidad de esta nueva fuerza opinática mediante el sostenimiento de una muy activa y constante toma de decisiones en asuntos sensibles tanto a la organización de la ciudad, como a los valores que orientaban los intercambios sociales y productivos de los sexos:

Ella [la mujer] es la que ha querido por medio de la asociación unirse a sus semejantes para vigorizar su inteligencia; ella es la que ha subido escalón por escalón para llegar a la esfera del pensamiento; a su poderosa iniciativa se deben centros de luz, nociones de progreso moral, material e intelectual y periódicos que son gala y honra de la patria de Talavera y Garcés (Gil de Hermoso, “Pinceladas” 30-09-1894: 55)

Desde esta perspectiva, las sociedades *Armonía* y *Alegría* constituyeron una suerte de “ensayo” *in vivo* en el cual cada actividad lograda apuntaba, precisamente, hacia la comprobación de las destrezas y capacidades intelectuales de las mujeres y su pertinencia en áreas hasta ahora consideradas exclusivas del manejo de los hombres.

Puesto que se trataba de un “ensayo” *in vivo*, el proceso de socialización adelantado por estas organizaciones se hizo anteponiendo los hechos a las palabras. Quiero decir, las posturas defendidas por las asociacionistas de Coro, ganaron credibilidad y legitimación en la sociedad del período no exactamente a partir de la discusión y/o exposición simbólica de éstas, sino mediante la ejecución de proyectos específicos. Así, agenciar la construcción de una pila de agua, un bulevar, una plaza, un teatro, una biblioteca;⁹ en fin, cualquier actividad adelantada por estas instituciones asumía la contundencia de un documento público cuyos alcances traspasaban las fronteras de la opinión local y conocida para hacer parte y someterse al “juicio” de una comunidad opinática extraña y diversificada.

⁸ Un vistazo a la lista de socios activos de la sociedad *Armonía* para el año de 1893, arroja la suma de 73 señoras y señoritas afiliadas. Número importante sobre todo si se trata, como es el caso, de contar con una fuerza cohesiva a la hora de proponer y adelantar posiciones comprometidas.

⁹ Romero-García apunta en el artículo citado que la biblioteca de la sociedad *Alegría* (Biblioteca Colombina) era “rica en autores venezolanos; después de la de Potentini –dice un amigo– es la colección nacional más completa” (127).

Apoyadas en un gran inventario público de su gestión cultural, las fronteras que hacían posible la separación de los sexos en esferas de pertinencia laboral e intelectual tendían a recuperar su justa condición simbólica ante la praxis. De esta manera y a pesar de la sociabilidad colonial y de los principios católicos que regían la comunidad coriana, las mujeres asociadas a estas corporaciones lograron vulnerar las fronteras marcadas por la literatura jurídica y por los dogmas de la religión.

Para las asociacionistas de Coro, la defensa de la “versatilidad” de las funciones y roles de los géneros en la sociedad, sin embargo, debía llevarse a cabo sin aspavientos ni transgresiones “espectaculares” –dado el terreno social en que interactuaban–; pero sí con el rigor y la perseverancia de un compromiso moral cuyos alcances rebasaran las expectativas de las mujeres inicialmente congregadas en estas instituciones. Por lo que esta defensa pasaba por un aprendizaje que tanto ellas como los hombres debían adquirir de manera paulatina y casi subrepticamente. De otra manera, habrían cosechado tempestades.

Representación de un imaginario en construcción, las asociacionistas ensayaron la puesta en escena de un guión colectivo que se escribía desde la ciudad y en el cuerpo cívico de los “actores” en juego. De allí que el relativo éxito de estas asociaciones y de sus implicaciones dependiera no exclusivamente del consenso logrado entre las mujeres de la región, sino en buena medida de la adhesión tanto de aquellos varones que influían directamente en la economía, la política y en la organización familiar en la que se estructuraba la comunidad regional, como de la de muchos otros que aspiraban ascender en el escalafón social. La cohesión de estos grupos a favor, sin duda, pondría en marcha un nuevo sistema de intercambios sociales en los que se arriesgaban elaboraciones políticas y sociales conducentes hacia la problematización y reformulación de estructuras de poder tradicionales.

Siguiendo estas consideraciones en las páginas siguientes me propongo realizar una lectura de la gestión cultural, de los modos de producción y de la organización hacia afuera de estas sociedades a fin de establecer, a manera de líneas de investigación, ciertas estrategias y negociaciones utilizados por las asociacionistas para lograr su inserción en el espacio público y conquistar legitimidad y representación política tanto en el plano institucional (colectivo), como en el personal (individual).

Comencemos por explicar que estas organizaciones pasaron en breve tiempo de una forma de sociabilidad tradicional –sujeta a las necesidades particulares de un grupo reducido y determinado– hacia otra de tipo moderna en la que obraba una rigurosa organización medida por estatutos fijos y dirigida hacia un colectivo diverso y masificado. De esta manera, la sociedad *Alegría* se había iniciado como un “lazo más de frecuentes tertulias para un reducido número de amistades” (“Rumbos fijos” 19-01-1892:234); mientras que la *Armonía* vendría a la vida “bajo los risueños auspicios de un (...) grupo de damas, con el propósito de proporcionar á las asociadas, amenas y frecuentes reuniones, como así mismo, y en primer término, la oportunidad de practicar (...) la caridad (“Prospecto”. 15-02-1891:1-2). No obstante, pasado unos pocos meses las fundadoras de estas sociedades decidieron –¿por separado?– constituirse públicamente, ampliando cada vez más sus propósitos iniciales y diversificando asimismo la planta de asociados.

El tránsito de una forma de sociabilidad hacia otra resulta comprensible si consideramos que la tertulia a pesar de haber evolucionado durante todo el siglo XIX, haciéndose cada vez más permeable a las “nuevas costumbres y sus implicaciones” (Romero 88), tanto que en consecuencia, llegaría a ensanchar el círculo de los familiares asiduos hacia “amigos y conocidos” (Guerra 93), no por ello dejaría de ser en la práctica una sociabilidad azarosa y de alcances muy limitados.

Contrario al reducido espacio de participación que les brindaba la vida tertuliana, “la libre y espontánea iniciativa de los individuos, traducida en asociaciones privadas para el desenvolvimiento de todos los intereses” (“Programa de la Unión Democrática” 94) constituía una poderosa “palanca” de cambio social y político desde la cual los sujetos congregados ensayaban un diálogo –en iguales condiciones– con los poderes establecidos.

El espíritu de sociabilidad, indiscutiblemente, es una gran palanca de la civilización; donde quiera que los hombres se unen en asociaciones para establecer entre ellos mutuo cambio de ideas, es del contrario choque de estas que brota luz, mucha luz, que va á todos los cerebros á disipar con sus fulgores, las tinieblas que arrojan sobre la conciencia humana, inutilizándola para los trabajos del bien y de la inteligencia. (*Armonía Literaria* 15-09-1891: 223)

Además, la asociación les permitiría hacer uso de una serie de herramientas publicísticas desde donde formular otras preguntas a la sociedad, así como plantearse nuevos retos y realizar alianzas ajenas al ámbito familiar. Todo ello en función de configurar nuevos escenarios de participación y mediar –con una fuerza opinática relativa– en las “grandes” decisiones que orientaban el panorama político y social de la comunidad coriana. Importa señalar, que la experiencia asociativa no les era desconocida a estas mujeres. Muchas de ellas la habían vivido en sus países de origen o habían tenido la oportunidad de contactarse con el fenómeno a través de lecturas y viajes.

Luego de este salto que las distanciaba cada vez más del dintel de casa y del reducido esquema de las organizaciones filantrópicas familiares, decidieron convocar y aceptar la ayuda del sexo opuesto. Además, no deja de ser curioso y altamente significativo que sean las mujeres quienes en este caso convoquen a los hombres a unírseles en este tipo de sociedades. Sabemos que a diferencia de las tertulias y de los salones literarios, una de las características básicas de esta forma de sociabilidad moderna (sociedades) era la igualdad –social, política, étnica; no así en cuanto a las funciones– de sus miembros recogida en sus estatutos; pero ¿qué significante adquiriría esta igualdad entre un grupo constituido exclusivamente por individuos pertenecientes a una minoría doblemente marcada: mujer/judía? Dadas las características sociales de la comunidad en la que intentaban competir abiertamente, ¿abogar por la igualdad de derechos políticos y sociales desde un grupo sexualmente homogéneo, no significaba en esa ciudad, apostar al perdedor? Acto seguido las damas de las sociedades *Alegría* y *Armonía* iniciaron un sostenido “reclutamiento” de socios que involucraba no sólo a los nobles –y no tan nobles– varones de la ciudad de Coro, sino a una gran variedad de personalidades entre las cuales podemos señalar presidentes de la nación, del estado Falcón, representantes del clero, escritores, editores, miembros de las más importantes sociedades y organizaciones culturales y políticas del país y de otras latitudes; en fin, una diversidad por cierto bien orquestada de intereses políticos y económicos.

No quisiera perder la ocasión de preguntar ¿qué tan opuestos y diferentes –en cuanto a prerrogativas sociopolíticas– eran los hombres que decidieron acompañar a “las muchachas corianas?” ¿En comparación a las expectativas de ellas, qué tan desigual era la necesidad de conquistar reconocimiento social y legitimación política presente en los hombres que ingresaban a estas corporaciones? Aceptar estas interrogantes como premisa hipotética de las alianzas que llevaron a las sociedades *Armonía* y *Alegría* a conformarse de manera mixta, significa leer esta pequeña historia no exclusivamente o por separado desde la mujer o desde el hombre, sino apuntando hacia una historicidad medida por relaciones de poder en las que se arriesgaban otros intereses que pasaban no sólo por operar el cambio del “lugar” social de la mujer, sino particularmente la integración de lo judío a la comunidad coriana y venezolana.

En efecto, aunque la casi inexistente bibliografía sobre estas sociedades ha negado u omitido –quién sabe con qué intención– la participación decisiva de las familias judías –hombres y mujeres– en el origen y destino práctico de estas organizaciones, la realidad de los datos es inapelable. Un vistazo a los apellidos de las mujeres y hombres integrantes de estas sociedades nos revela su significativa presencia: De Lima, Senior, López Fonseca, Curiel, Curiel Coutinho, Abenatar, Cisneros, Franco, Ricardo, Correa, Henríquez, Myerstorn, Pereira, Brandao, Mendes, Chumaceiro, Monsanto, Dovale, Maduro, Pardo, Penso, De Castro, Salas, López Henríquez, son ejemplos entre otros, de lo dicho. Pero aun más, los judíos fueron objeto de graves agresiones en 1831 y posteriormente serían expulsados de la ciudad de Coro en 1855.¹⁰ De tal manera, que la permanencia de esta minoría étnica en esa ciudad que figuraba la “ruina de un convento español” (Romero-García 1894:125), estaría condicionada a una serie de factores religiosos, sociales y políticos. En este sentido, a los judíos se les prohibiría ejercer públicamente su religión y edificar sinagogas. Paradójicamente en la ciudad de Coro se construyó el primer cementerio hebreo del Continente. Si bien con el paso de los años y el nacimiento de los hijos, la práctica del judaísmo se diluye cada vez más en el temor y las desventajas, también es cierto que este grupo y sus descendientes –a pesar del silencio– mantendrían una muy firme intención de integrarse a la comunidad coriana y colaborar con el desarrollo económico y político de la región. En este sentido, de las muchas estrategias utilizadas por este grupo étnico, el asociacionismo había sido una de ellas. Tenemos noticias de la instalación de la “Sociedad Estudiosa” (1843) de la cual era secretario José Henríquez.

¹⁰ Sobre este asunto Oscar Beaujon ha señalado que “El poderío económico alcanzado por la colonia judía y su aislamiento social, manifiesto en la falta de cruces matrimoniales con la gente de la región dieron lugar a sentimientos de enemistad y de rechazo de sus más importantes personeros en forma de tumultos y agresiones de verdaderos ‘motines antijudíos’, en 1831 y 1855, por personas no identificadas que anónimamente se nombraban ‘Ejército de la Fe’, y que en último año señalado fue de graves consecuencias personales y materiales que dieron lugar a un serio y amenazante reclamo del gobierno holandés que llevó a Venezuela a la aceptación de un humillante acuerdo de enjuiciar al gobernador de la época, desplazar al jefe de las Fuerzas Armadas de Coro, nada menos que el General Juan C. Falcón y pagar una indemnización de 100.000 pesos sencillos” (119). Puede consultarse además: Rafael J. Fortique. *Los motines anti-judíos de Coro. 1973*; y, Pedro Curiel Rodríguez. “Los tumultos contra mercaderes judíos en Coro. Del 2 al 4 de febrero 1855”.

Entre otros objetivos esta sociedad perseguía la “versación [de sus miembros] en las prácticas republicanas”.¹¹

En atención a lo dicho, ¿fueron las sociedades *Alegría* y *Armonía* una proyección de la expresión talmúdica: Habruta o mituta?¹² Expresión cuyo significado coincide con los presupuestos teóricos del asociacionismo. Quiero decir, ¿no vieron las señoritas de Coro en estas formas de sociabilidad lo que los judíos habían practicado por siglos? Aún más, la para entonces joven escritora Polita De Lima, a quien estas mujeres –incluyo a las representantes de la sociedad *Armonía*– reconocieron como una suerte de líder ideológico y promotora indiscutible de esta forma de sociabilidad moderna en la región, había estudiado en el Colegio Welgelegen de Curacao (De Sola 1987 :7), ciudad en la cual la experiencia asociativa ya era una tradición exitosa adelantada por la comunidad judía de la isla.¹³

¿Cuánto de la expresión talmúdica animaba los intereses personales y de grupo no sólo de los judíos afiliados a estas instituciones, sino incluso las de todos aquellos –hombres de negocios (católicos, protestantes)– quienes como ellos, esperanzados en las ideas liberales, aspiraban hacer de Coro una ciudad en donde el progreso económico y el sistema de libertades y derechos político y sociales promulgados en la Constitución de 1883 rigiera plenamente? En este sentido, los caminos de los judíos y de los católicos liberales se encontraban en una misma dirección con las acciones reivindicativas sesgadas, enmascaradas –de otra manera imposible– de las mujeres integrantes de las sociedades *Armonía* y *Alegría*.

Ahora bien, aunque el paso de una forma de sociabilidad hacia otra implicó un cambio radical en la estructura y en los contenidos a desarrollar, las Sociedades *Alegría* y *Armonía* –sobre todo esta última– continuaron identificándose institucionalmente –o siendo identificadas– con la caridad y la beneficencia pública: “Y aquí tenéis esas dos corporaciones alzadas por el mismo pensamiento y abrazadas en el mismo sentimiento: la caridad” (Gil de Hermoso “Pinceladas” 1894:56). Sin embargo, sus actividades desdican tal postulado, las operaciones realizadas en este sentido son las menos en un cuadro estadístico de la gestión de ambas corporaciones.

Siguiendo a Josefina Ludmer, una de las tantas tácticas de uso común del débil “consiste en que, desde el lugar asignado y aceptado, se cambia no sólo el sentido de ese lugar sino el sentido mismo de lo que se instaura en él” (53). Lo dicho por Ludmer bien recuerda las faenas diarias de una rata. Quiero decir, el hacer soterrado, clandestino,

¹¹ Entre sus miembros judíos se encontraban Jacobo H. Curiel, Benjamín Henríquez, Isaac Senior, David Curiel y Mordenay Henríquez Cadet. La sociedad se creó con el fin de facilitar ‘el progreso en las materias aprendidas y la adquisición de conocimientos literarios, la versación en las prácticas republicanas y la consecución y familiaridad con la técnica parlamentaria’ (Aizenberg. 1991:117)

¹² Expresión que traduce: “vida comunitaria o muerte” y puede ser aplicada tanto a los individuos como a las comunidades. (150)

¹³ La valiosa investigación realizada por Isaac y Susan Emmanuel arroja luces sobre este asunto: “In order to encourage studies and letters, several Jews founded literary or historical societies. Four of the most important follow. Sociedad Literaria para Utilidad y Cultura. Founded in 1882 by Sol Cohen Henríquez and Gabriel Pinedo. It held its meetings in the basement of Temple Emanu-El (...)” (443).

laberíntico –pero preciso en cuanto a llegadas y salidas– de ir construyendo intersticios desde donde filtrar información hacia afuera sin ser advertida. Se trata de una mecánica emparentada con aquella recomendación que el intelectual Nicanor Bolet Peraza –gran amigo y defensor del proyecto cultural de las señoritas de Coro– hiciera a las mujeres venezolanas, es decir, ejercer la “secreta virtud de mandar obedeciendo, que es como decir: “vístete con la piel del cordero y no serás notada”.¹⁴

De allí que a la luz de lo planteado, este decirse y autonombrarse dentro de una tradición de suyo cristiana, pareciera más bien formar parte de una retórica/piel con la cual disimular propósitos contrarios. Fijar una “máscara” institucional que les facilitara y garantizara el ingreso a esa sociedad en donde las costumbres españolas habían arraigado generando un mundillo detrás de ventanas muy bien aderezado con las vilezas del chisme. Una comunidad en extremo escrupulosa y aprensiva en sus intercambios socioculturales. Desde este punto de vista, la caridad en ellas puede y debe ser leída como un símbolo dirigido a complacer ciertas expectativas adscritas al nuevo horizonte público conferido a la mujer dentro de la dinámica social planteada por el liberalismo; pero también como un “lugar” de resistencia. El supuesto ejercicio de las prácticas cristianas les garantizaba para empezar, compensar en cierta medida la libertad de sus acciones: una suerte de justificativo de alcances diversos. Entre otros, minimizaba el doble nivel de subalternidad (mujer/judía) presente en muchas de las asociadas a estas corporaciones. ¿Realmente estas operaciones hacían parte de sus objetivos más allá de la “máscara” institucional que estas sociedades utilizaban a discreción?

A juzgar por las palabras que Antonino Zárraga se ve obligado –de otra manera no se justifica– a escribir en defensa de los sentimientos cristianos que inspiraban a las mujeres afiliadas a la sociedad *Alegría* –a propósito de la celebración del carnaval ofrecida por este grupo–, pareciera que muchos de los habitantes de la ciudad de Coro no daban crédito a la “máscara” institucional y en virtud de ello se negaban a aceptar o al menos a negociar, la vuelta de tuerca que estas sociedades daban a la relación mujer/espacio público.

Y ahora se nos dirá ¿no eran estas las mismas damas que ostentando vistosos trajes simbólicos de “Flores y Letras”, de Aldeana, de Margarita, de Gitana, de Perla, de Hada, de Venezuela Heroica, de Arabe y de Estudiante, embellecían, no hace mucho, con sus encantos las fiestas del mundo esparciendo en ellas luz, animación y dicha? Sí; pero ese contraste, al parecer tan singular, solo concurre a hacer destacar con precisión la altura moral de la mujer coriana, eso prueba que nuestras damas conceden lo que deben a las honestas expansiones del espíritu, pero huyendo siempre de enervarse en los brazos de frívolas disipaciones, y prueba, también, que no puede existir antagonismo entre las prácticas y preceptos de nuestra religión y los lícitos recreos del ánimo. (Zárraga, “El viernes del Concilio” 330)

¹⁴ Creo que este es un punto –la “desviación” de las acciones reivindicativas de las mujeres latinoamericanas o al menos, las venezolanas – a tomar en cuenta en estudios posteriores. Me parece que no sólo rige las comunicaciones sexuales del siglo XIX sino también, las del siglo XX. En este sentido, las mujeres venezolanas han elegido –al igual que las señoritas de estas sociedades– seguir la ruta de las ratas que si bien tiene sus ventajas, no deja de ser sin embargo, una estrategia oscura y limitada cuyos resultados se diluyen en “la trampa ideológica”.

Vista así, la defensa de Zárraga intenta crear una matriz de opinión a favor de la redefinición de las funciones y roles de la mujer en la sociedad coriana. Sin embargo, los adversarios a esta postura reclamarán cada vez más con mayor fuerza y violencia en sus acciones hasta el punto de atentar en contra de las “obras públicas” agenciadas por estas organizaciones:

Hace pocos días tuvimos la fatal impresión de ver casi destruidos varios de los árboles con que la Sociedad ‘Armonía’ ha formado el boulevard que une las plazas Federación y Falcón. Mutilados estaban aquellos árboles, plantados allí por una sociedad de damas, y, triste es decirlo, destruidos por la mano de un hombre que desgraciadamente se escapa á la vista de la autoridad.

Causa verdadero estupor, por no decir indignación, semejante proceder que no puede reportarle á su autor otra cosa que la protesta de su propia conciencia, que ha debido gritarle ¡atrás! Al levantar su mano para echar por tierra una obra de ornato y de progreso. Si punible es á los ojos de la gente honrada que en este siglo en que todo tiende a edificar, hayan verdaderos demoledores del progreso, crece la enormidad de la falta hasta el punto de llegar á los límites de lo inconcebible, que siendo la mujer la que embraza en Coro las armas para hacer conquistas en el campo del progreso, sea el hombre el que empuñe la pica del demoledor para destruir lo que ella edifica.

Avergonzado ante sí mismo debe estar el triste héroe que ha librado su batalla contra los árboles del boulevard y con ello contra el adelanto de Coro (“Contra el progreso” 01-05-1892: 459)

Acerca de la intolerancia y la necesidad de convivir a pesar de las desigualdades –sin duda principios democráticos en los que se inscribían estas sociedades culturales–, las representantes de la sociedad *Armonía* se habían pronunciado en varias oportunidades. Desde las páginas de la revista *Armonía Literaria*, ellas insistieron en reconocer en las prácticas asociativas una vía comprobada de racionalización abiertamente opuesta a cualquier tipo de fanatismo. Espacios de opinión y de libertad política, sexual y cultural, el asociacionismo preconizaba la igualdad en la diferencia:

Las asociaciones sean fundadas para miras de beneficencia, para fines políticos, para el cultivo de las letras, para estrechar los lazos de la fraternidad, ó para la protección de intereses sociales, son beneficiosas, pues además de que casi siempre se obtiene el objeto que se propone, los que se reúnen con frecuencia aprenden á conocerse mutuamente, de lo cual resulta las ventajas necesarias conducentes á la moralidad, o sea al mutuo respeto y las mutuas consideraciones (Omega “Sociabilidad” 01-04-1891: 41-43)

Por otro lado, llama la atención la publicidad que se les da tanto a las actividades públicas, como a los acuerdos, filiaciones y vínculos establecidos por estas sociedades. Es obvio que las revistas *Armonía Literaria* y *Flores y Letras* no sólo servían para recoger en sus páginas las producciones literarias de algunos miembros –decididos a poner en circulación sus opiniones en los más variados formatos– y eventualmente a la de poetas e intelectuales reconocidos, sino sobre todo funcionaban como plataformas publicitarias desde donde se agenciaba la imagen de un “producto”, de una “mercancía” –en este caso la gestión cultural de las sociedades y de sus socias– cuyo mercado escapaba a lo literario para inscribirse en otras superficies de discusión más bien políticas y sociales.

La prensa nacional y buena parte de la extranjera hablan detenidamente de la actitud que presenta Coro con sus Sociedades de damas y llama agradablemente la atención en los centros ilustrados del país la circunstancia de que es a esfuerzos de la mujer como aquí se trabaja en esa ardua labor donde muchas veces, y en poblaciones de mayor importancia que Coro, se han estrellado las fuerzas del hombre (“15 de mayo” 15-05-1893: 670)

En consecuencia, los límites de la igualdad perseguida no empezaban ni terminaban en los estatutos privados de estas organizaciones, por el contrario: la puesta en escena de estas sociedades desvela una fina dramaturgia en la que cada movimiento —inauguración, conferencia, correspondencia escrita o pública— dialogaba con las representaciones del sistema democrático venezolano en ciernes.

Cada quince días en estos “órganos” informativos se hacían detalladas descripciones tanto de las actividades públicas como privadas de estas sociedades. Me refiero bien a la inauguración del Teatro Armonía (1891), a una sesión de cambio de directiva, a una invitación para presenciar la primera comunicación vía telefónica entre las ciudades de Coro y La Vela, por ejemplo. ¿A qué comunidad estaban dirigidas estas comunicaciones? ¿Quién era el interlocutor inmediato y posterior en este diálogo? ¿Qué tipo de opinión era la que se pretendía movilizar?

Siguiendo a Jean-Marc Ferry, la puesta en evaluación dentro de un circuito mayor de opinión que se hace a través de estas revistas constituye efectivamente el paso de lo público hacia el espacio público (Ferry 19) La discusión de los temas no se circunscribían al reducido e inmediato intercambio de los miembros de estas organizaciones o de algunos privilegiados que pagaron por leer lo sucedido.¹⁵ Las asociacionistas de Coro partieron de una red de comunicaciones que poco a poco fueron construyendo y extendiendo mediante el canje de sus revistas con otras publicaciones similares, así como con semanarios y periódicos nacionales e internacionales.

Nos ha visitado ya este colega de Medellín (Las Novedades), Colombia. Tenemos formada en la Biblioteca Armonía una sección especial de misceláneas para las revistas extranjeras que nos favorezcan con su visita. Queda abierta la colección del colega colombiano que esperamos siga favoreciéndonos con su canje (“Notas” 08-10-1894: 54) Canjes extranjeros— Acusamos recibo de los siguientes con cuya visita se ha honrado nuestra mesa de redacción: *Gaceta Médico Farmacéutica* de New York, *La Tribuna Médica* y *Le Correspondant Medical* de París; *El Curioso Americano* de La Habana y *La Miscelánea* de Medellín.

Canjes Nacionales— Últimamente nos han visitado: *El Paladín* de San Felipe, órgano de la Sociedad Científico Literaria de aquella ciudad, *El Torneo*, simpática revista que en Bobare dirige nuestro amigo y colaborador Dr. Antonio Briceño; *La Clínica Médico Quirúrgica* que dirige el Dr. Dagnino en Maracaibo; y *La Revista Literaria de Los Andes*, Mérida (“Notas” 20-05-1895: 169)

Esta red de opinión en la que ellas participaban las insertaba en una comunidad opinática global y por tanto indefinida, plural. El canje de sus publicaciones significaba

¹⁵ Las revistas se publicaban quincenalmente y tenían un valor de 50c. de bolívares el número suelto y la suscripción mensual Bs. 1.

en este sentido, el desplazamiento de un núcleo de opinión si se quiere local y provinciano hacia el espacio público conformado por la comunidad internacional. Con seguridad, la beneficencia pública y la caridad trazan aquí el dibujo estratégico que sigue la ruta de las ratas.

Pero no sólo se trata del intercambio de publicaciones. La estrategia de opinión utilizada por estas sociedades va más allá del simple canje o del establecimiento de un diálogo virtualmente amplificado. Las asociacionistas se encargarán de reproducir en sus revistas aquellas opiniones, comentarios y correspondencias en las cuales otras sociedades, revistas, periódicos y personalidades dieron cuenta de sus actividades, de sus logros personales e institucionales, en definitiva: del antes y después de la ciudad de Coro a partir del nacimiento de estas organizaciones y de la intervención de las mujeres en los asuntos públicos.

Es verdaderamente admirable la evolución social que viene efectuándose en Coro. Ya ahí la mujer coriana no será la mujer que cose, que lava ó plancha, que atiende por sí ó que dirige todas las operaciones domésticas, y nada más; ya será la mujer que piensa, la mujer que lee, que aprende, que se ilustra, digna compañera del hombre en el dolor, en el placer, en el consejo, en la resolución de todos los problemas de la existencia.

No otra importancia le concedemos al fenómeno –en nuestros anales– fenómeno de progreso, de sociabilidad, del cual nos traen noticias los periódicos corianos.

Las señoritas más distinguidas de aquella sociedad, renuncian á la vida del retraimiento en las horas libres de sus ocupaciones ordinarias, para en gimnasio intelectual establecer asociaciones literarias, y celebrar veladas, y fundar escuelas, y periódicos!

¡Y qué periódicos! Dignos ambos de los talleres tipográficos mejor montados y de la paternidad de nuestros mejores ingenios. *Armonía Literaria* titúlase uno; *Flores y Letras*, el otro; y entrambos sirven, como heraldos de renacimientos para ir denunciando de casa en casa, de pueblo en pueblo, del uno al otro extremo de la República, que hay un pedazo hermoso de la tierra venezolana, donde la mujer en labor colectiva de inteligencias ha fundado dos centros de luz, dos santuarios de gracia y de sabiduría en cuyos frontis lucen estas mágicas inscripciones: Sociedad *Armonía*. Sociedad *Alegría* (“Nuevos horizontes” 01-06-1891:125-126)[Tomado del *Diario de la Guaira*]

Este manejo de la opinión sin duda no admite gratuidad alguna. La apuesta que hacen estas mujeres llevaba como trasfondo la pretensión de ser leídas como una de las partes decisivas de esa superficie cultural –específica y general– en la que emiten y son objeto de opinión. De esta manera, la reproducción parcial o total de las opiniones de las cuales son objeto revolucionaba y procuraba la resemantización del campo de comunicación local. Estrategia que se fundamentaba en la verificación de un consenso positivo de otros campos de opinión que reafirmaban el conjunto de expectativas puestas en juego en la comunidad inmediata. Ciertamente se trataba de una estrategia publicitaria cuyo objeto en mercadeo movilizaba competencias de poder en ambas direcciones.

Finalmente, las “muchachas corianas” habían descubierto su condición de sujeto minoritario en el ejercicio del asociacionismo. Arrogarse el derecho de organizarse públicamente –hasta entonces experimentado en exclusiva por algunos pocos hombres venezolanos– y desde estas sociedades promover –directa e indirectamente– autonomías

cívicas a favor de las mujeres, las haría tomar conciencia no sólo de su situación de minusvalía jurídica frente a los poderes hegemónicos, sino sobretudo las pondría en conocimiento de las potencialidades a desarrollar y de la fuerza de cambio que significaba actuar desde un colectivo organizado. Pero además, en este tránsito de valoraciones las asociacionistas habían advertido y constatado que no estaban solas, que no eran las únicas. Otras minorías étnicas, políticas y sociales se les habían unido en esta avanzada reivindicatoria. La unión con estos otros grupos si bien fortaleció distintos flancos de sus corporaciones y proporcionó nuevos sentidos a sus acciones societarias; no obstante, las haría cada más vulnerables a los distintos intereses en los que se escudaba el centralismo de estado.

Habían dejado de ser simples “mujeres” –por así decirlo– cuya seguridad y funciones estaban previamente garantizada y definidas, para en cambio ingresar en franca desventaja, al plano de las negociaciones e intercambios genéricos necesarios y urgentes que requería el proceso de redefinición política que se operaba desde ciertos grupos aislados en la nación y particularmente en su comunidad, y del cual ellas, sin duda eran protagonistas. Si bien el camino elegido había sido el menos traumático y más silencioso posible, siempre apegado a los “desvíos” de las ratas, no por ello implicaba ser más dulce y blando. Las armas que las asociacionistas de Coro habían seleccionado para reconfigurar el lugar social de las mujeres, eran las mismas que les proporcionaba en teoría el todavía incipiente y amenazado sistema democrático venezolano.

BIBLIOGRAFÍA

- Aizenberg, Isidoro. *La comunidad judía de Coro 1824-1900. Una historia*. Caracas: Biblioteca de Autores y Temas Falconianos. H. Henríquez y C.A. Centro de Historia del Estado Falcón. B'NAI-B'RITH Consejo Nacional de Venezuela y la Asociación Israelita de Venezuela, 1983.
- Armonía Literaria* 15/I. Tomo II. Coro, (15-09-1891): 223.
- Beaujon, Oscar. *Historia del Estado Falcón*. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, 1982.
- Carciente, Jacob, *La comunidad judía de Venezuela*. Caracas: Biblioteca Popular Sefardí, 1991.
- Carrera Damas, Germán. *Una nación llamada Venezuela*. Caracas: Monte Avila, 1983.
- “Contra el Progreso”. *Armonía Literaria* 31/II. Tomo III. Coro (01-05-1892): 459.
- Curiel Rodríguez, Pedro. “Los tumultos contra mercaderes judíos en Coro. (del 2 al 4 de febrero 1855)”. Tesis presentada ante la Ilustre Universidad Central de Venezuela para optar el título de Bachiller en Filosofía. Caracas. Editorial Caracas, 1938.
- Emmanuel, Isaac S. y Suzanne, A. *History of the Jews of the Netherlands Antilles*. Cincinnati: American Jewish Archives, 1970.
- Ferry, Jean Marc, “Las transformaciones de la publicidad política”. *El nuevo espacio público*. Jean-Marc Ferry, Dominique Wolton y otros. Barcelona: Gedisa Editorial, 1998. 13-27.
- Fortique, José Rafael. *Los motines anti-judíos de Coro*. Maracaibo: Editorial Puente, 1973.

- García Maldonado, Ana Lucina, dir. *La mujer en la historia de América*. Caracas: Asociación La Mujer y el Quinto Centenario, 1995.
- Gil de Hermoso, Virginia. "Pinceladas". *Flores y Letras* 5/III. Coro (30-09-1894): 50-56.
- Guerra, Francois-Xavier. *Modernidad e independencia. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Ludmer, Josefina, "Las tretas del débil". *La sartén por el mango*. Patricia E. González y Eliana Ortega, eds. República Dominicana: Ediciones Huracán, Inc, 1984. 47-53.
- "Notas", *Armonía Literaria* 75-76/IV. Tomo VII. Coro (08-10-1894): 54.
- "Notas", *Flores y Letras* 82/IV. Tomo VII. Coro (20-05-1895): 169.
- "Nuevos Horizontes". *Armonía Literaria* 8. Tomo I. Coro (01-06-1891): 125-26.
- OMEGA. "Sociabilidad". *Armonía Literaria* 4. Tomo I. Coro (01-04-1891): 41-43.
- Programa de la Unión Democrática (1889)*. Documentos que hicieron historia. Siglo y medio de vida republicana 1810-1961 II. Caracas: Ediciones Conmemorativas del Sesquicentenario de la Independencia, 1962. 86-95.
- "Prospecto". *Armonía Literaria* 1 (02-15-1891): 1-3.
- Romero, José Luis. *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Argentina: Siglo XXI, 1986.
- Romero-García, Manuel Vicente. "Las muchachas corianas". *Instituciones y nombres del siglo XIX* 6. Pedro Grases, comp. Caracas: Seix Barral, 1981. 125-28.
- "Rumbos fijos". *Flores y Letras* 15/I. Coro (19-01-1892): 234-35.
- Salazar Leidenz, Misael. *Corianerías. Gentes, historias y costumbres de la ciudad madre*. Caracas. Editado por Editur para la Dirección de Información y Publicidad de CADAPE, 1987.
- Sánchez, Rafael. *Curiana*. Coro: S.E., 1970.
- Sola Ricardo de, Irma. *Polita De Lima. Promotora cultural de Coro*. Coro: Talleres de Tecno Impreso, 1987.
- Zarraga, Antonino. "El viernes del Concilio". *Flores y Letras* 20/I. Coro (13-04-1892): 328-30.
- "15 de Mayo". *Armonía Literaria* 48/III. Tomo V. Coro (15-05-1893): 668-70.